

CAPITULO II.

Nuevas conversiones obradas por el Obispo de Ginebra.—Peregrinacion á Milan.—Rasgo de desinterés.—Da libertad á varios presos.—Trabajos en el pais de Gex.

(Año de 1613.)

Francisco de Sales, trabajando sin descanso fuera y dentro de su diócesis, no dejaba de dispensar la divina palabra cuando encontraba ocasion para ello. Un dia que predicaba en la iglesia de Santo Domingo sobre la Comunion espiritual, y procuraba encender en sus oyentes un gran deseo de unirse á Jesucristo aniquilado por ellos en el sacramento del altar, exclamó en un santo transporte: «¡Ah! que todo el mundo muera si no quiere vivir en Jesucristo y para su gloria!» Y como repitiese este grito varias veces, y cada vez con mayor fervor, un pecador público, movido de estos acentos tan apostólicos, se levanta de repente, pide en alta voz, hiriéndose el pecho, perdon al cielo y á la tierra de su vida escandalosa, y ruega al santo apostol le reconcilie con Dios. Doce herejes que preparaba hacia largo tiempo en particular, vienen en seguida á pronunciar su abjuracion en sus manos; y bendiciendo á Dios por esta doble gracia, convidó á su mesa á todos los recién convertidos. «Jesucristo, les dijo, fue al festin con alegría despues de haber convertido á Mateo, que era publicano y pecador público. Vamos tambien á comer alegremente en el nombre y á ejemplo de este adorable Salvador.»

Se puso á la mesa, y la alegría de su corazon brillaba en su rostro. «Monseñor, le preguntaron, ¿qué os causa mas placer, un pecador vuelto á la virtud, ó doce herejes que entran en el seno de la Iglesia?—Me alegra, contestó, la vuelta de los unos y de los otros; pero la conversion de los herejes es para mí un gran motivo de consuelo, porque vienen de mas lejos, pues no tienen aún en su cora-

»zon la verdadera fé, que es el principio de la salvacion.» (1)

A pesar de los consuelos con que el cielo coronaba su celo en Annecy, Francisco creyó que la voluntad de Dios le llamaba á hacer un gran viaje fuera de su diócesis. Cuando la enfermedad de la Madre Chantal se habia comprometido con voto, para obtener su curacion, á ir en peregrinacion al sepulcro de San Carlos en Milan; queria además ir á Turin, primero para recomendar al Duque de Saboya el instituto de la Visitacion, rogándole favoreciera los establecimientos que se esperaba formar bien pronto; en segundo lugar, para obtener de Su Alteza la autorizacion de confiar á religiosos hábiles el colegio de Annecy, que los seglares que lo dirigian habian dejado caer en una completa decadencia; y por último, para defender á un gran número de caballeros acusados injustamente de la muerte del secretario del duque de Nemours, que acababa de ser asesinado en el bosque de Sonaz, cerca de Annecy.

Impulsado por todas estas razones, tan dignas de un corazon como el suyo, partió de Annecy el 15 de abril, acompañado de algunos eclesiásticos y de varios piadosos seglares. Nada tan edificante como este viaje: en él el santo Obispo dirigia á sus compañeros en la oracion hecha en comun, les daba todas las mañanas los puntos de meditacion, y frecuentemente durante el dia los animaba al fervor con los discursos mas interesantes. «Durante el camino, cuenta el Marqués de Lullin que le acompañaba, sus acciones y palabras celestiales imprimian en mi corazon un sentimiento de estimacion y respeto que no puedo expresar. Me exhortaba con una suavidad irresistible y encantadora á la práctica de todas las virtudes cristianas, mostrándome que es mas facil de lo que se cree unir las virtudes sólidas con los empleos militares; que la devolucion no es adusta y feroz como se la presenta; que se

(1) Año de la Visitacion, 12 de febrero.

»puede conservar tanto en la corte como en los claustros; que es el ornamento de los mas grandes señores; que grandes reyes la han practicado en el trono, y grandes capitanes en medio de las batallas, como David y San Luis, Judas Macabeo y sus hermanos que en los combates eran rayos de guerra y santos delante de Dios. Me esponia luego con una suavidad divina, cuán justa es la ley de Dios, cuán bella, dulce, amable, útil, facil de observar á los que quieren amar á Dios y confiarse en su bondad paternal. Otras veces procuraba hacer resaltar la vanidad del mundo, la inconstancia de la fortuna, lo poco que hay que confiar en el favor de los grandes y en las mismas grandezas, mostrándonos á Dios solo como el único fundamento en que se pueda descansar.» (1)

Llegado á Turin, el piadoso viajero fué al punto á ofrecer sus homenajes al Duque de Saboya, que le recibió con todas las atenciones que merecian su caracter y su virtud. Sus primeras palabras fueron para la defensa de los caballeros á quienes se imputaba el asesinato del secretario del Duque de Nemours; pero encontrando contra ellos grandes prevenciones, creyó prudente no insistir por el pronto, y pasó á la cuestion de sus amadas hijas de la Visitacion. El duque, por la relacion que le hizo, concibió tanta estimacion hácia ellas, que no contento con conceder todo lo que el santo Obispo solicitaba, escribió al año siguiente al Senado de Chamberí para recomendarle con el mayor interés esta orden naciente. El Obispo le habló luego del estado de decadencia en que se encontraba el colegio de Annecy, y de la renuncia de los Jesuitas por no poder dar abasto á todos los establecimientos que se les ofrecian. El príncipe le propuso hacer venir á él á los Barnabitas, si despues de haber visitado las casas que dirigian en Turin, Verceil y Milan, los encontraba dignos de su confianza; y ofreció apoyar con todo su poder su estable-

(1) Dep. del Marqués de Lullin.

cimiento en el colegio (1); lo que en efecto tuvo lugar, como veremos mas adelante (2).

Despues de esta entrevista Francisco partió para Milan, donde, habiendo ido para honrar á un santo, fué recibido él mismo como santo. El 25 de abril, dia de su llegada, el cardenal Federico Borromeo, primo y sucesor de San Carlos, informado de su próximo arribo, salió á recibirle acompañado de D. Juan de Mendoza, gobernador de Milan, y quiso llevarlo á su palacio. El humilde prelado no admitió esta graciosa invitacion, y pidió permanecer desconocido como un pobre peregrino, para satisfacer mas libremente su piedad ante la tumba de San Carlos, y llenar mas perfectamente el objeto de su viaje (3).

Al dia siguiente, en efecto, revestido de los mas ricos ornamentos, que el arzobispo habia puesto á su disposicion, celebró la Misa en el sepulcro del santo cardenal, vertiendo lágrimas de amor, y manifestando con lo encendido de su rostro el fuego sagrado que ardia en su corazon.

Terminado el sacrificio, quedó varias horas postrado ante el cuerpo del santo, pidiéndole con lágrimas una participacion de sus virtudes, la gracia de gobernar la diócesis de Ginebra como el santo cardenal habia gobernado la de Milan, y la fortaleza de alma necesaria para no sucumbir bajo el peso de las cruces que tenia que llevar.

Al volver de la Iglesia, los sacerdotes que le acompañaban se apresuraron á comunicarse sus sentimientos de

(1) Carlos Aug., p. 433.

(2) Los Barnabitas fueron fundados en Milan, en 1530, por tres santos sacerdotes, Morigia, Ferrari y Zacarías, con el objeto de catequizar, de predicar, de confesar, de enseñar á la juventud, de dirigir los seminarios y de hacer las misiones. Se les llamaba Barnabitas por su singular devocion á san Bernabé, ó porque hicieron sus primeros ejercicios en una iglesia que tenia el nombre de este santo apóstol. Se les llamó tambien clérigos regulares de San Pablo, porque el sacerdote que los dirigió en su fundacion les hacia leer asiduamente las epístolas de San Pablo. Esta congregacion ha tenido en todos tiempos hombres eminentes en ciencia y piedad, como Alejandro Sauli, apóstol de Córcega y confesor de S. Carlos; Carlos Bascapé, Obispo de Novara; y Agustín Tornielli, autor de los anales sagrados.

(3) Año Santo de la Visitacion, 25 de abril.

admiracion sobre las bellezas y magnificencias de la catedral; pero mientras que hablaban, el santo Obispo no decia palabra. Sorprendidos de su silencio, le preguntaron qué le habia parecido: «Os confieso, contestó, que no he visto nada.—Pero al menos, Monseñor, habreis notado los ricos ornamentos que os han dado para celebrar la Misa, porque es imposible que el brillo de las piedras de que estaban cubiertos no haya atraido vuestras miradas.—No lo he notado, contestó, porque los ornamentos interiores de la santidad del gran cardenal Borromeo me han ocupado de tal modo, que no he pensado ni en la magnificencia exterior de la Iglesia ni en la de los ornamentos pontificales.» (1)

El santo prelado, despues de haber satisfecho su piedad fue á ofrecer sus homenajes al arzobispo y al gobernador de Milan, pues sabia que la cortesía forma parte de la religion bien comprendida, porque no es otra cosa que la caridad en accion. Visitó luego á los Barnabitas, segun el encargo que le habia dado el Duque de Saboya, y habiéndole propuesto el General de los religiosos hospedarle en el mismo departamento donde se retiraba San Carlos cuando venia á su casa para hacer los ejercicios espirituales, aceptó con gozo una oferta que tan bien se acomodaba con su veneracion al santo arzobispo. Permaneció algunos dias entre estos religiosos, los examinó con cuidado para asegurarse si convenian para la direccion del colegio de Annecy, y habiéndolos encontrado tales como podia desearlos, les ofreció esta direccion, que aceptaron (2). Durante este tiempo, no dejó de volver varias veces al sepulcro del santo Cardenal, pasando allí una noche entera en oracion; despues de lo cual, llamado á Turin para la fiesta del Santo Sudario, que se aproximaba, se puso en camino, visitó en Novara la tumba de San Bernardo de Meuthon, y afligido por el estado de abandono en que la encontró, re-

(1) Año Santo de la Visitacion, 26 de abril.

(2) Idem, 28 de idem.

comendó á los canónigos de la iglesia donde se conservaba esta preciosa reliquia, la tributaran mas honor y veneracion (1). Llegado á Turin para la fiesta del Santo Sudario, fué designado por el Duque de Saboya para predicar en esta ocasion solemne. Obedeció, y se presentó en el púlpito sin mas traje que el roquete y la estola; porque era costumbre en esta época, que un Obispo no tendria derecho á llevar la muceta fuera de su diócesis sino era invitado por el Obispo del lugar. El Duque de Saboya, disgustado de que el Arzobispo de Turin no hubiera concedido este honor á tan gran prelado, quiso que para reparar el olvido, el Arzobispo enviase al punto su propia muceta al predicador por uno de los eclesiásticos asistentes. Habiéndolo Francisco recibido con respeto, se volvió al Arzobispo y le dijo: «Monseñor, no merezco este honor, pero lo acepto por obedeceros.» Besó luego la muceta, se la revistió y continuó el sermon. Terminado el discurso se quitó la muceta antes de bajar del púlpito, y fue él mismo á devolvérsela al prelado que habia quedado solo con el roquete, diciéndole al entregársela unas palabras tan humildes, que este quedó confuso, y los asistentes edificados exclamaron: «Todo predica en este santo Obispo; hasta sus vestidos.» (2)

El Duque de Saboya, deseoso de honrarle á su vez, le nombró como uno de los Obispos encargados de esponer el Santo Sudario á la veneracion del pueblo. Francisco llenó con alegría este piadoso ministerio, y mientras tenia el lienzo sagrado empapado en las lágrimas y la sangre del Hijo de Dios, dejó caer en él por descuido algunas gotas

(1) Este Santo fué el que fundó en los Alpes los dos hospitales tan nombrados y tan útiles á la humanidad, llamados de su nombre el Grande y el Pequeño San Bernardo. Habia nacido en el castillo de Meuthon, cerca de Annecy, en junio de 923, de una de las mas ilustres casas de Saboya. Dió primero misiones en los alrededores de Aosta en el Piamonte, y despues de haber asegurado auxilio á los viajeros con la fundacion de estos dos hospitales, evangelizó la Lombardia y murió en Novara el año 1008. Sus virtudes y sus milagros le hicieron canonizar desde el año siguiente.

(2) Año de la Visitacion, 5 de mayo.

de sudor, ocasionado por el excesivo calor de la atmósfera, mezclado con las lágrimas de amor que no podía contener. El cardenal de Saboya que lo apercibió, le reprendió vivamente; pero el accidente que disgustaba tanto al prelado, fue por el contrario para el santo Obispo materia de las mas tiernas reflexiones y los mas piadosos sentimientos. «O Salvador mio! dijo en el fondo de su alma (1), dignaos mezclar mis indignos sudores con los vuestros; em-
»papad mi sangre, mi vida, mis afectos en los méritos de
»vuestra sagrada Pasion; á este buen Cardenal le disgusta,
»vos no sois tan delicado; vos, Salvador mio, no habeis der-
»ramado el sudor y la sangre sino para mezclarlas con los
»nuestros y darles de ese modo el precio de la vida eter-
»na. ¡Ojalá mis suspiros se unan á los vuestros, para que
»sean recibidos con suavidad ante el Padre Eterno!» Des-
pues de la ceremonia, Francisco tuvo una última audien-
cia con el Duque de Saboya, para hablarle de los caballe-
ros injustamente acusados en el asesinato del secretario
del Duque de Nemours; abogó por su causa lo mejor que
pudo, pero no obtuvo por entonces mas que esperanzas.
Debiendo volver á Annecy para solemnizar las fiestas de
Pentecostés, dejó al Sr. de Blonay el encargo de proseguir
trabajando en la justificacion de los acusados (2), y partió
sin detenerse, tomando el camino que pasa por el monte
Cenis.

Al atravesar estas altas montañas, admiraba cómo los
hombres podian establecer su morada en lugares tan hor-
ribles, entre los hielos y las nieves, las escarchas y las
tempestades que reinan allí casi sin interrupcion, y toma-
ba de esto ocasion para bendecir á la divina Providencia.
«Si estos hombres, se decia, fueran á ganar su vida en
»las grandes ciudades ó hermosos campos, estarian cier-
»tamente mucho mejor que aquí; pero ¡qué admirable es
»el gran Rey del universo en su accion sobre las almas!

(1) Carta CCXCVII.

(2) Carlos Aug., p. 435.—Carta CCGXXVI.

»Por una bondad inefable les da inclinaciones contrarias,
»para que así haya hombres para dirigir y servir á los via-
»jeros, los cuales sin ellos no podrían atravesar nunca es-
»tas horribles montañas.» (1)

Continuando su camino, Francisco llegó felizmente á
Annecy el 25 de mayo, víspera de Pentecostés, y al dia
siguiente celebró solemnemente la Misa en la catedral.
Los canónigos, por medio de un artificio que era del gusto
de esta época, habian colocado en la bóveda de la iglesia
una especie de máquina representando las nubes, de la
cual, despues de la consagracion, debia salir una paloma
con llamas, para representar la venida del Espiritu Santo
sobre los apóstoles; la máquina no produjo en parte su
efecto, y no se vió descender de la nube artificial ninguna
lengua de fuego; pero la paloma salió, y espantada tanto
por la música como por la multitud de pueblo que llenaba
la Iglesia, revoloteó por todos lados sin encontrar donde
refugiarse. Por fin, cansada y no pudiendo mas, fué á des-
cansar sobre la cabeza del santo Obispo, que estaba de pie
delante del altar, lo que conmovió á todos los asistentes,
maravillados de ver cómo esta paloma llenaba admirable-
mente su papel habiéndose colocado sobre aquel en quien
residia tan plenamente el espíritu de Dios. Francisco la dejó
reposar en su cabeza todo el tiempo que quiso, sin echarla
ni moverse; tan absorto estaba en el placer de recibir á
aquel de quien era figura (2). La tarde de este mismo dia
predicó en Vísperas, y dijo á los asistentes que les traia la
bendicion del santo Obispo de Milan: «Pero, añadió, debo
»dirigiros las mismas palabras que decia San Antonio á
»sus discípulos despues de haber visitado á San Pablo:
»Vengo de honrar los vestigios de santidad de un gran
»siervo de Dios, ante el cual no soy mas que un fantasma,

(1) Carlos Aug., p. 435 y 436.

(2) Dep. de Renche, de Francisco Favre y de otros varios que han afirmado
el hecho como testigos oculares.—Carlos Aug., p. 436.